



El centauro moribundo Populismo, gaitanismo y violencia política en Colombia (1944-1948)¹

Cristian Acosta Olaya²

Resumen

Dentro de un amplio marco de análisis sobre las identidades políticas y su constitución en torno a la tensión entre *plebs* y *populus*, los estudios actuales sobre el populismo han permitido caracterizarlo como una lógica identitaria particularmente *inestable*. En este sentido, coincidimos en entender al discurso populista como uno minado por su rompimiento originario, debido a su particular oscilación entre orden y ruptura propia de su campo solidario. Creemos ver también en dicha oscilación un control efectivo pero frágil del latente despliegue violento o *total* de este tipo de identidades. Para falsar lo anterior, tomamos al gaitanismo colombiano de mediados de siglo XX en cuanto identidad popular que buscó establecerse como “dique” inestable frente a la violencia política –preliminarmente comprendida como la eliminación física del adversario y rasgo preponderante en la configuración de identidades políticas en Colombia-. Ahondaremos en la apropiación específica de algunos significantes de la tradición democrática liberal por parte del movimiento gaitanista en su pretensión por domesticar su huella violenta constitutiva. Finalmente, proponemos que la figura de “dique” inestable frente a la violencia es un rasgo a tener en cuenta para una posible caracterización de los movimientos populistas de la región latinoamericana.

Palabras clave

populismo, gaitanismo, violencia política, identidades políticas.

Abstract

Within a wide frame of analysis about political identities and their formation around the tension between *plebs* and *populus*, the current studies about populism have let it be characterized as a particularly *unstable* identity logic. In this sense, we agree to approach the populist discourse as one that is undermined by its initial breaking, due to its particular oscillation -typical of its solidary field-between order and rupture. We also believe to notice in said oscillation an effective –though fragile– control of the latent violent or *total* display of this type of identities. To demonstrate that hypothesis, we broach the Colombian gaitanism from mid-20th century considering it a popular identity that looked for its establishment as an unstable “dike” towards the political violence –initially understood as the physical elimination of the adversary as well as main trait in the configuration of political identities in Colombia-. We will deepen in the specific appropriation by the gaitanist movement of some signifiers from the liberal democratic tradition as part of its ambition to domesticate its constitutive violent trace. Finally, we propose that the unstable “dike” towards violence notion is a trait to be taken into account for a possible characterization of the populist movements of the Latin-American region.

Keywords

populism, gaitanism, political violence, political identities.

¹ Agradezco los comentarios y sugerencias de Daniela Slipak para mejorar el presente texto. Los errores que pueda contener el mismo son, claramente, de mi absoluta responsabilidad.

² IDAES-UNSAM/CONICET. Correo electrónico: cjacostao@gmail.com

“[...] Por lo tanto es necesario que un príncipe sepa actuar según convenga, como bestia y como hombre. [...] Muchos príncipes antiguos fueron llevados al centauro Quirón, para que bajo su disciplina les educara. El hecho de tener por preceptor a un ser que es medio bestia y medio hombre, no quiere decir otra cosa que el príncipe necesita saber ser una y otra cosa; y que sin ambas naturalezas no podrá mantener su poder.”

Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*. Capítulo XVIII.

“La violencia irrestricta es la contracara del universalismo abstracto.”

Jorge Dotti, *¿Cómo mirar el rostro de la Gorgona?*

Introducción

El 9 de abril de 1948 sucedió lo que en la historia colombiana se conoce comúnmente como *El bogotazo*, nombre que se le da a una larga serie de sucesos que transcurrieron como reacción al asesinato de Jorge Eliécer Gaitán en pleno centro de la capital colombiana. Aquél día se hicieron “tangibles” la mayor parte de los argumentos peyorativos que existían en contra tanto de quien durante los últimos años de su vida fue el Jefe del partido liberal colombiano como de sus seguidores. En aquella época y desde el periódico tradicional *El Tiempo*, el polémico columnista *Calibán*³ ya había caracterizado a los gaitanistas como una “la masa heterogénea” y peligrosa (Braun, 1998: 207).

En efecto, la destrucción del centro de Bogotá⁴ –sin contar con otros alzamientos en diversas regiones de Colombia–,⁵ los incontables muertos apilados en el Cementerio Central de la ciudad, el desorden entre la intervención de la Policía y el Ejército, los incendios en edificios públicos, parecían corroborar lo que para la mayoría de conservadores y liberales tradicionales era irrefutable: la beligerancia del gaitanismo sólo llevaba a la ruina del país. Respecto a la provocación de Gaitán a sus seguidores, el conservador Rafael Azula Barrera afirmaría:

La tremenda y fatal contradicción de Gaitán consistía en tratar de utilizar una retórica explosiva, con simples proyecciones electorales, cuando el lenguaje cáustico, al herir sensibilidades enfermas, predisponía el ánimo de las multitudes para la acción

³ Enrique Santos–conocido como *Calibán*–, fue periodista y escritor influyente conocido por escribir fuertes columnas de opinión en el periódico de tirada nacional –y del liberalismo oficial– *El Tiempo*. Además era hermano del ex presidente Eduardo Santos (periodo 1938-1942).

⁴ El 16 de abril de 1948, *Calibán* afirmaba sobre *El bogotazo*: “fue un ciclón. El ciclón de la bestia, vergüenza de la humanidad, que se arrojó sobre Bogotá –¡oh, mi pobre y amada Bogotá!– y la arrasó de lo mejor que tenía” (citado por Braun, 1998: 321).

⁵ Para el estudio del 9 de abril de 1948 y sus repercusiones en provincia ver Sánchez (1982) y Roldán (2003).

directa y no para una solución civil en las urnas” (Azula Barrera, 1956: 345).

Los testimonios conservadores, entre otros, sobre *El bogotazo*, han hecho un marcado hincapié en un inseparable vínculo entre gaitanismo y violencia; vínculo que, por más paradójico que resulte, hace parte del mismo corolario anti-mayoritario de algunos autores que han analizado fenómenos políticos en los cuales “las masas” y el signifiante *pueblo* tienen un notable protagonismo. Muchas de estas consideraciones, sin duda, han pervivido sin mayores reformulaciones al interior de perspectivas analíticas que se han propuesto estudiar fenómenos como el populista en América Latina.⁶

En el caso gaitanista, el 9 de abril se había cristalizado como un *lastre* analítico indefendible, que convertía a la violencia que secundó al asesinato de Gaitán en su consecuencia más obvia o en el resultado ineluctable de las *formas* políticas propias del inmolidado líder liberal:⁷ la unión entre populismo y violencia, en dicho caso, se volvía incuestionable. Ciertamente, en diversos análisis sobre el gaitanismo, esta relación entre violencia y gaitanismo –o entre violencia y populismo en general– ha permanecido inmutable.⁸ Al respecto, uno de los casos paradigmáticos lo encontramos en la obra de Daniel Pécaut (1987 y 2001). Para este intelectual francés, el gaitanismo fue un proceso populista con características muy diferentes a los dados

⁶ El debate sobre la pertinencia y definición del término *populismo* es demasiado amplio y no es el centro del presente trabajo. Para el lector interesado, remitimos nuestra propia reconstrucción del mismo (Acosta Olaya, 2014). Además, de manera reciente hemos buscado profundizar la caracterización del fenómeno populista retomando las consideraciones sugeridas por Julián Melo (2009; 2013) y Aboy Carlés (2014). Por ende, y aclarando que nuestra intención principal no es hacer una taxonomía universal del populismo, sí consideramos pertinente entender al populismo como una lógica política de gestión identitaria con los siguientes rasgos posibles: a) *fundacionalismo* (generación de abruptas fronteras respecto a un pasado ominoso); b) *hegemonismo* (representación de la nación toda, del “verdadero país” con una débil –pero existente– tolerancia); c) *regeneracionismo* (la simultánea inclusión–exclusión del oponente legítimo; esto es cuando el “enemigo nunca es plenamente enemigo”); d) la presencia de *oposiciones bipolares* (la no confluencia del carácter reformista y el carácter conciliador de su discursividad); y e) la *beligerancia* en la ciudadanía y las instituciones, esto es, la relación conflictiva entre beligerancia de la participación y el normativismo de la democracia liberal (Aboy Carlés 2014, 36-44).

⁷ Nos parece importante explicar que a lo largo del presente escrito hacemos referencia al liberalismo, a los liberales y a lo liberal en relación al Partido Liberal colombiano. Sólo en contados casos hablaremos del *liberalismo* como tradición política cuando hagamos referencia específicamente –como en la nota anterior–, a la “democracia liberal”.

⁸ Esta relación ya ha sido puesta en cuestión por varios autores. Por ejemplo, según John Green (1996), si bien Gaitán generalmente llamó a la acción no violenta, “his rhetoric often projected stark images of conflict and struggle, and his rallying call ‘A la Carga’ (Charge) was a military cry. Under pressure from conservative attacks from 1946 to 1948, such images became more overt; (...) no political mobilization could really be devoid of tendencies to armed action” (Green, 1996: 300). Por su parte, Sharpless (1978) afirma: “The effects of his passionate and inflammatory oratory on the vast crowds – already primed by Gaitanista mobilization techniques– who heard him can only be imagined. On the other hand, true to form, he publicly deplored violence and insisted that was leading a peaceful movement” (Sharpless, 1978: 315).

en otras partes de Latinoamérica. Recordemos que en *Orden y Violencia* (1987), este autor parte de caracterizar al populismo como un proceso político en el que se pone en juego una serie de “parejas de oposiciones” sin síntesis posible; el populismo tendría así, para Pécaut, la aptitud de fundamentarse en lo contradictorio (Pécaut, 1987: 372). En este sentido, la existencia de Gaitán y las ambivalencias propias de su discursividad –entre 1944 y 1948 específicamente– serían los factores puntuales que permitieron la persistencia de su movimiento político.

No obstante, cuando el líder es asesinado o desaparece, sostiene Pécaut, el sujeto *pueblo* queda como una simple “fuerza ciega” ya que Gaitán era el catalizador del potencial “autodestructivo” del gaitanismo. Así, la muerte del líder desdibujaba la ilusión de un adversario concreto, concluyendo que el populismo siempre alimenta, a pesar suyo, “la marcha hacia la violencia” (Pécaut, 1987: 485). En concordancia con lo anterior, varios años después, Pécaut reiteraría que la beligerancia inherente del gaitanismo, al desaparecer o “truncarse” por el asesinato del líder, da rienda suelta a la eliminación física del adversario (2001: 73).

De nuestra parte, hemos venido cuestionando, no dicho vínculo entre violencia y los fenómenos populistas específicamente, sino el eje central en la argumentación del pensador francés para sustentar sus interesantes apreciaciones. Efectivamente, para este autor parece incuestionable la “indecisión” de Gaitán para configurar al pueblo en tanto un sujeto político autónomo, es decir, como proletariado organizado y agrupado en sindicatos. Por ende, siendo turbulenta la relación entre gaitanismo y las organizaciones sindicales, para Pécaut la revuelta que surge el 9 de abril de 1948 no es ni popular ni revolucionaria sino es propia de una impotente “masa acéfala”. En este sentido, el populismo, al ser un fenómeno transformista, alimenta una violencia desclasada y, por ende, inerme.

En contraposición a dicho análisis, hemos insistido en la inexistencia de una “caprichosa” desarticulación de un supuesto verdadero pueblo –los trabajadores organizados– por parte de Gaitán. Ésta ausencia “proletaria” no es la clave para entender al gaitanismo. Al contrario, creemos más bien que la fluctuación entre oposiciones irreconciliables del fenómeno gaitanista, además de permitir la inclusión de sectores heterogéneos de la sociedad en la configuración identitaria del pueblo, habilitó también una tensión controlada de su propia beligerancia. No habría, entonces, una “marcha” hacia la violencia sin más sino una contención inestable de la misma por parte del gaitanismo.

Proponemos que el vínculo entre populismo y violencia, más que el de una línea continua, sería el de la figura de un *dique*. Justamente, este dique se puede evidenciar en la indeterminación a la hora de establecer enemigos concretos y, a su vez, permitir desde la propia solidaridad política –la cual, válgase la insistencia en ello, está lejos de estar constituida por un sujeto hermético y universal– la regeneración del *otro*: ambos factores son, pues, los que nos permiten sostener que existe una domesticación pluralista del grito de guerra (“¡A la carga!”) al interior del gaitanismo, rasgo que puede aportar otras luces al ya intrincado debate sobre el populismo latinoamericano.

En efecto, nuestra propuesta de análisis sobre el movimiento gaitanista permitiría afirmar que dicho proceso político se mantuvo al interior de un juego de interpelaciones discursivas propias de una identidad total y en la constitución de una lógica identitaria con pretensión hegemónica (Aboy Carlés, 2013).⁹ Es en esta dualidad que queremos hacer hincapié, ya que es la misma la que cimienta su tensión constitutiva y marca su propia precariedad en cuanto proceso político de largo aliento.

Por lo tanto, en las páginas siguientes exponemos, a través de la discursividad gaitanista, cómo es que se hace efectiva –desde dicho movimiento político– la *domesticación* de su propia beligerancia, de su latencia *total*. Partimos de considerar que dicha domesticación se da gracias a la re-significación de ciertos significantes privilegiados de la tradición democrática liberal colombiana misma, desde los cuales se marcaron ciertas fronteras políticas que, pese a darse en un contexto de tensión política violenta, nunca llegaron hasta una situación de erradicación física de la alteridad. En términos generales, procuraremos dar muestra de cómo el populismo se constituye en una especie de *dique* frente a la transformación violenta de la sociedad.¹⁰

Para fines de este trabajo hemos dividido el proceso gaitanista en dos partes; un primer periodo que corresponde a la campaña electoral de Gaitán desde la disidencia del liberalismo hasta su derrota en las urnas (1944-1946); y un siguiente periodo, que abarca los años 1946 hasta el 9 de abril de 1948, tiempo que comprenden el ascenso de Gaitán a la jefatura del partido liberal, el recrudecimiento de la violencia política en Colombia hasta su asesinato en el centro de Bogotá.¹¹

⁹ Recordemos que para Aboy Carlés las identidades populares son “aquel tipo de solidaridad política que emerge a partir de cierto proceso de articulación y homogeneización relativa de sectores que, planteándose como negativamente privilegiados en alguna dimensión de la vida comunitaria, constituyen un campo identitario común que se escinde del acatamiento sin más y la naturalización de un orden vigente” (Aboy Carlés, 2013: 21). Dicha imprecación a un orden puede darse de diversas maneras, dependiendo del “principio de escisión” que la formación identitaria configure, es decir, dependiendo de la forma en que se procese la tensión parte/todo, *plebs/populus*. Por ende, según nuestro autor, existen las identidades populares *totales* donde opera como reducción violenta del *populus* por parte de la *plebs* emergente; las identidades *parciales* que, por su parte, no presentan una pretensión de la *plebs* en constituirse en *populus* –por ejemplo, las Panteras Negras en Estados Unidos–; y las identidades *con pretensión hegemónica*, las cuales se caracterizan por establecer fronteras porosas y móviles en “ese juego inconmensurable entre la particularidad de la *plebs* y la universalidad del *populus*” (Aboy Carlés, 2013: 34). Entre estas últimas, además de ser las más comunes dentro del proceso democrático liberal, se pueden encontrar las identidades populistas.

¹⁰ Estamos consientes de que nuestra definición mínima de violencia en cuanto erradicación física de la alteridad es simplificadora frente al amplio debate que sobre la cuestión de la o las violencias existe. No sin antes aclarar que dejaremos para trabajos posteriores este desarrollo conceptual y su relación con el populismo lo, remitimos al lector las valiosas reflexiones de Arendt (1970), Crettiez (2009), Ansaldi y Alberto (2014) y Hoyos (2002).

¹¹ Dicha división no es caprichosa. En efecto, analizando la carrera política de Gaitán –desde sus escritos de juventud hasta su muerte– se evidencia que su proceso como personaje político y la configuración de su movimiento se da a nivel nacional a partir de 1944. No se puede desconocer, sin embargo, que su rol como personaje público empezó a ser relevante desde sus acusaciones contra el gobierno conservador desde 1928 por el asesinato a los trabajadores en huelga contra la United Fruit

Configuración identitaria del gaitanismo (1944-1948)

“Por la Restauración Moral y Democrática de la República”: la campaña presidencial (1944-1946)

En el primer editorial del periódico gaitanista *Jornada*, del 24 de mayo de 1944, eran expuestos los motivos por los cuales Gaitán había decidido lanzarse a la contienda electoral de 1946, fundando el movimiento gaitanista desde la disidencia del Partido Liberal:

Nosotros no queremos apuntar nuestras brigolas contra nombres propios, ni contra individuos, sino contra los sistemas inadecuados para el momento que vive la República en el concierto universal y en el interior de sus fronteras. Ambicionamos que el Partido Liberal siga siendo digno de sí mismo, de su grandeza pretérita y de sus compromisos para el futuro, pero que jamás su nombre se invoque como instrumento para las especulaciones, para el fraude, para el nepotismo, para la injusticia, para la trapisonda caciquil, para la innoble insinceridad que en privado critica y sin embargo dice en público lo contrario para desorientar al pueblo (*Jornada* [24/05/1944] citado en Rodríguez Franco, 2009: 113).

Menos de un mes después, el gaitanista Jorge Uribe Márquez, en su sección “comentario trivial” de *Jornada*, afirmaba que “la restauración [moral y democrática] la hará el pueblo mismo, que no necesita muletas para llegar a su destino” (*Jornada* [07/06/1944] citado en Berríos, 2012: 24). En la segunda edición del mismo periódico, José Osorio Lizarazo afirmaba que aquél *pueblo* buscaría su propia redención, pues “siente en su carne viva el engaño de que se le ha hecho víctima, su sinceridad defraudada, su anhelo de hacer patria convertido en harapos, traicionado el ingenuo fervor” (*Jornada* [31/05/1944] citado en Berríos, 2012: 36).

La construcción del pueblo gaitanista en cuanto sinónimo de pueblo colombiano sería propuesto por este movimiento político en vista de los futuros comicios, sin no antes considerarlo como uno expoliado y portador de un daño.¹² Poco tiempo antes del lanzamiento oficial de la candidatura de Gaitán, Jorge Villaveces –posteriormente organizador de los discursos más importantes del líder liberal (1968)– le escribiría en marzo de 1944 una carta en la cual explicaba la composición del pueblo gaitanista en su región; éste estaba formado –según el gaitanista– por pequeños empresarios, empleados y los más humildes trabajadores, quienes tenían una preocupación “genuinamente popular” por la reconstrucción

Company en la costa Caribe colombiana. Para el lector interesado, le remitimos los trazados biográficos de Gaitán realizados por Osorio Lizarazo (1998); Braun (1998) y Green (2013).

¹² La pertinencia del *daño* como categoría para entender a los procesos populistas es tributaria de Aibar Gaete (2007).

democrática del liberalismo colombiano (Villaveces [1944] citado en Sharpless, 1978: 212).

Dicha lectura del Partido Liberal tenía de trasfondo una férrea crítica a la Dirección Nacional Liberal (DNL), manejada desde sus orígenes por los líderes liberales tradicionales y “convivialistas”,¹³ quienes tomaban la mayoría de decisiones en plenarios cerradas y exclusivas para sus miembros. Frente a ellos, el 31 de mayo de 1944, las páginas de *Jornada* llamaban a dichos dirigentes “camarillas”, y se les acusaba de haber “roto la fuerza moral de los estatutos liberales”. Así, impugnaban sin más a la DNL de haberle quitado “al pueblo” el derecho a intervenir en las decisiones del partido: “en lugar de que el procedimiento parta del pueblo, llegue a los colegios electorales y ascienda a las asambleas, se adopta el contrario, es decir, el oligárquico” (*Jornada* [31/05/1944] citado en Berríos, 2012: 46).

Si bien la elección del liberal Gabriel Turbay como candidato oficial por parte de la DNL se daría más de un año después de lanzada la campaña gaitanista, estaba dado por sentado –desde mayo de 1944– que la dirigencia tradicional del liberalismo no apoyaría a Gaitán para que representase al partido en los comicios de 1946. La distancia entre el oficialismo liberal y el gaitanismo podría resumirse en las consideraciones de Juan Lozano y Lozano, quien en una editorial del periódico liberal *La Razón*, del 16 de marzo de 1944, consideraba que en el caso de que Gaitán llegara al poder ejecutivo, la transformación del país sería tan radical que “no quedaría piedra sobre piedra” (Lozano y Lozano [1944] citado en Robinson, 1976: 148).¹⁴

A inicios de 1945, la candidatura de dos liberales, uno desde el oficialismo y otro desde la disidencia, empezaba a ser el eje central con el cual se resaltaría la división interna del liberalismo, estando en constante disputa la “verdadera” representatividad del partido. Por supuesto, desde el periódico gaitanista *Jornada*, el 18 de enero de 1945, se decía que si bien Turbay y Gaitán tienen ciertas similitudes, el primero gozaba “de prestigio oligárquico entre los burgueses tímidos” mientras que el segundo disfrutaba “una ancha y clamorosa adhesión de los pueblos insatisfechos y andrajosos” (*Jornada* [18/01/1945] citado en Berríos, 2012: 44).

A manera de contraste, el liberal Armando Gresca profirió, dentro de la convención de la DNL en el Teatro Colón del centro de Bogotá, algunas palabras a favor de la candidatura de Gaitán. Así decía Gresca el 23 de julio de 1945 frente a los “notables” del liberalismo:

Gaitán, sobresaliente conductor público de grandes méritos al servicio de la causa liberal y del pueblo, luchará en las plazas

¹³ Según Braun: “Los jefes liberales y conservadores llamaban ‘convivencia’ a su forma de gobierno. Con ese término revelaban su compromiso con una vida pública específica y con la paz. [...] Su fin era ‘convivir’, vivir juntos en un ámbito de poder para el cual se sentían admirablemente predestinados” (Braun, 1998: 30).

¹⁴ Juan Lozano era liberal y crítico de Gaitán. En mayo de 1945, en el semanario *Sábado* se refería a Gaitán como un hombre “de gobierno” pero también como un político “precipitado, conflictivo, sin sistema, sin secuencia y sin aplomo” (Lozano y Lozano [1945] citado en Vergara Carrasco, 2012: 84).

públicas contra el candidato que de esta convención salga [...] Oportunamente presentará su programa que corresponde al sentir colectivo, independiente desde luego de los grupos oligárquicos que cabalgando sobre el lomo del partido se enfrentan para disputarse la hegemonía del poder (*Jornada* [26/07/1945] citado en Berríos, 2012: 46).

Mientras Gabriel Turbay era allí el elegido como candidato oficial del liberalismo –con la venía de los “jefes naturales” del partido y del ex-presidente López Pumarejo–, Gaitán y su movimiento desconocieron dicha convención de la DNL, calificándola de “oligárquica y antipopular” (Gaitán, [1945] 1968: 391). En cambio, para septiembre de 1945, Gaitán proclamaría la “semana gaitanista” en la cual tendría lugar la Convención Popular (“abierta”) del liberalismo.

En la Plaza de Toros de Santamaría, en pleno centro de Bogotá, el 23 de septiembre de dicho año Gaitán haría mención de su programa presidencial ante miles de espectadores. A lo largo de su discurso, Gaitán explicaría la génesis de su movimiento. Partiendo de una concepción ineluctable de la historia, el jefe del gaitanismo aseguraba que la base de su movimiento era la “inconformidad” producida por el surgimiento de nuevas formas de concebir la vida y el orden. En este sentido, para Gaitán su propia disidencia surge del inevitable y antes acallado “clamor subterráneo” de quienes estaban excluidos del poder. Así, la idea de un país subyacente (“país nacional”) contrario al “país político” de la oligarquía quedaría esbozada en aquella intervención (Gaitán, [1945] 1968: 392). Explicaría también el lema de su campaña “Por la restauración moral y democrática de la República”, considerando a la moral como una “acumulación de experiencias”, como la “fuerza específica de la sociedad”; por ende, la ausencia de moralidad es entendida por Gaitán como anarquía y fundamento del éxito de los oligarcas. Por lo tanto, sería necesario poner en práctica un programa que no consista sólo en “jugadas circunstanciales” o reformas del momento sino un “cambio de frente, [la] creación de un clima distinto” donde la *verdadera democracia* pueda ejercerse y que ésta no se quede en mera “simulación verbal” (Gaitán, [1945] 1968: 400).

Según Gaitán, la consecución de una democracia real sólo sería posible cuando se establezca un régimen verdaderamente liberal, cuya meta principal sea la “acción liberadora para los oprimidos” sin importar su origen partidario (Gaitán, [1945] 1968: 402). Agregaría Gaitán:

Nuestra devoción debe orientarse hacia la liberación real del hombre colombiano, maltratado y olvidado, en el surco de siniestros odios infecundos; relegado a puesto secundario porque el sitio que le corresponde lo ha conquistado alevemente el país político, que desata sus rencillas, sus

controversias, sus hipocresías, sus pasiones estratégicas como si el otro gran país humano no existiera ([1945] 1968: 403).¹⁵

En este sentido, para Gaitán, la victoria del liberalismo disidente que él encarna tiene como tarea principal “salvar las doctrinas olvidadas” del partido liberal para así acabar con un régimen donde hay “una pequeña minoría de hombres libres” en contraposición de “una gran mayoría de esclavos”, fundando así “la armonía constructiva entre poseedores y desposeídos” ([1945] 1968: 404-405). En este sentido, los odios bipartidistas, que históricamente se han manifestado en la aniquilación del adversario, podrían dejar de manifestarse –según Gaitán– cuando se concretase un régimen redentor, una verdadera democracia donde el “país nacional” lograría subsumir al “país político”. Una democracia real –la democracia del liberalismo– permitiría *develar*, según él, la incoherencia de los enfrentamientos al interior del pueblo mismo.

Frente a la “algarabía” que la movilización del 23 de septiembre de 1945 produjo en Bogotá, *El Tiempo* por medio de la pluma de *Calibán* afirmaba el peligro que los seguidores de Gaitán representaban: “la dirección del país no se puede someter al azar impetuoso de muchedumbres apasionadas” (*Calibán* [1945] citado en Braun, 1998: 185-186). La referencia de Gaitán como incendiario orador, que ponía en peligro los cimientos tradicionales de la democracia colombiana a través de la movilización de las “masas”, empezaba a gestarse a través de varios medios durante el convulsionado periodo electoral.

Como personaje importante del liberalismo oficial, en enero de 1946, el ex presidente López Pumarejo se referiría a Gaitán en términos de preocupación:

Del conocimiento que tengo de la preparación de Gaitán y de las capacidades de los amigos que generalmente lo acompañan en sus actividades políticas para manejar los negocios públicos, deduzco, sin embargo, que no es completamente infundado el temor de que la revolución que él anuncia podría llevar al país a una situación caótica, rápidamente (López Pumarejo [1946] citado por Tirado Mejía, 1986: 149).

Por su parte, desde la fracción conservadora las consideraciones sobre Gaitán no eran diferentes. Si la disputa por el poder estaba presente al interior de los estamentos tradicionales del liberalismo, no es menos cierto que la presencia de Gaitán incomodaba de igual modo a los “jefes naturales” de ambos partidos. Es diciente la referencia elaborada varios años después por el conservador Azula Barrera (1956) sobre el movimiento político gestado por Gaitán:

¹⁵ La configuración de un *pueblo* desvalido y cuya pertenencia partidista es irrelevante, es un punto central de Gaitán y el cual se va complementando con la idea que este líder desarrollaría más adelante, esta es, la de considerar al Partido Liberal como el único capaz de cumplir con la tarea de “redimir” a todos los colombianos. Veremos en páginas posteriores esta construcción del partido liberal como el de la Nación toda después de las elecciones de 1946.

el gaitanismo era el 'vuelve caras' de un caudillo ambicioso, que detuvo la desbandada y le creó, a aquella *muchedumbre dispersa y caótica*, nuevos incentivos de lucha, detrás de un objeto concreto: la promesa del poder para ese mismo pueblo y el juicio de responsabilidades históricas para los autores de aquel inmenso descalabro. Y como síntesis esta afirmación rencorosa: '*La masa es superior a sus dirigentes*' (Azula Barrera, 1956: 202 - cursivas en el original).

Azula Barrera hacía allí referencia, de forma peyorativa, a la frase recurrente de Gaitán "el pueblo es superior a sus dirigentes". En una de sus habituales intervenciones en el Teatro Municipal de Bogotá, el 22 de febrero de 1946 Gaitán decía frente a sus militantes:

Nosotros, a pesar de lo que se nos diga y de la manera poco bondadosa como se califica a las multitudes que forman este movimiento, hemos dado muestra de poseer una disciplina, una compostura, una serenidad de juicio que ratifica a cada hora y a cada momento un pensamiento inicial mío, base de esta campaña: 'el pueblo es superior a sus dirigentes' (Gaitán, [1946] 1968: 408).

Es innegable que en plena recta final de la campaña presidencial de Gaitán, la caracterización de su intervención política y de los integrantes de su movimiento estaba en una constante construcción. Las marchas multitudinarias, convenciones al aire libre y de miles de participantes, entre otras demostraciones de movilización del gaitanismo, se mantenía entre la tensión *pueblo/masa heterogénea*. Para el propio Gaitán, las masas "organizadas", liberales y gaitanistas harían parte de su movimiento político para "sanear" el carácter genuinamente democrático del país. En contraste a esta perspectiva, la posición de los conservadores tanto moderados como radicales -estos últimos provenientes del laureanismo¹⁶ como de los liberales oficialistas era la de considerar peligrosas las *formas* políticas de Gaitán para el orden democrático de Colombia. En el periódico de tirada nacional *El Tiempo, Calibán* -el 10 de abril de 1946- insistía en que el verdadero liberalismo debía apoyar al candidato oficial Gabriel Turbay, ya que el "liberalismo genuino [...] no tiene otra alternativa sino la de apoyar firmemente al doctor Turbay [frente] al peligro fascista con su masa heterogénea" (*Calibán* [1946] citado en Braun, 1998: 207).

¹⁶ Laureano Gómez fue el representante más conocido de las ideas de extrema derecha en la época de Gaitán. Desde su periódico *El Siglo* fue simpatizante declarado del falangismo de Francisco Franco en España. Las referencias al líder del gaitanismo desde dicho periódico consistieron en relacionarlo con la masonería, el ateísmo, el comunismo y el anarquismo; además se le dibujaba "exagerando sus características físicas: muelón, aindiado y negroide" (Acevedo Carmona, 1998: 12).

En una de sus usuales intervenciones en el Teatro Municipal de la capital del país, el 20 de abril de 1946 Gaitán ahondaría respecto a la ya mencionada división de Colombia en –según él– dos tipos de país enfrentados: el “país político” y el “país nacional”. El “país político” estaría constituido por un pequeño grupo (la “oligarquía”) que trabaja para el interés propio a espaldas de toda la comunidad; de este “falso” país, afirmaba Gaitán, es que se desprende la “honda putrefacción moral” que corroe la política colombiana (Gaitán, [1946] 1968: 424). En este sentido, la tarea del gaitanismo, según su líder, sería la de *restaurar* en el país –en tanto “país nacional”– “la grandeza que nutrió su historia, para demostrar que aún somos una raza fuerte, altanera y batalladora” (Gaitán, [1946] 1968: 425).¹⁷

El gaitanismo y el llamamiento a un pueblo que debía redimirse a través de “la restauración democrática y moral” refleja que el significante *pueblo*, en este periodo, pretendía encarnar la parte “verdadera” de la República. Esta configuración discursiva no sólo estaba cimentada sobre la reivindicación de los “oprimidos” y “olvidados” (dañados), sino también, evidentemente, en la construcción de un antagonismo frente a aquella comunidad “auténtica”. Es en este sentido que “el país político” es establecido dentro de la discursividad gaitanista en lo que en términos de Aboy Carlés sería la “excrecencia irrepresentativa” (2010: 27). De esta manera, Gaitán expone simbólicamente a su movimiento no sólo como *quiebre* histórico, como fundación de un nuevo tiempo, sino como aquél que también puede rescatar las tradiciones democráticas olvidadas, obliteradas por el poder oligárquico. Ambos aspectos, quiebre histórico y rescate de una tradición política olvidada, referenciados a la creación de una verdadera democracia. Así afirmaba Gaitán respecto al “país político”:

no creáis que cometen una equivocación cuando sienten ese desprecio por estas inmensas multitudes. [...] Y por eso no os extrañéis de su comportamiento despectivo. En realidad para ellos nada valéis los hombre de Colombia que unís vuestro fervor al mío. [...] Y ello es natural, porque somos una rebeldía contra la ignominia (Gaitán, [1946] 1968: 426).

En la misma intervención, el líder del gaitanismo apelaría a la tradición democrática del liberalismo como la que ha logrado prevalecer en el tiempo en tanto “fuerza impulsadora” del pueblo:

Sólo quedará entonces [...] como potencialidad creadora [...] el pueblo, el país que he llamado nacional, que sigue teniendo un objetivo de batalla ya que la posesión física del mando no lo ha anesthesiado. Y por eso es al pueblo, al pueblo liberal con sus fuerzas intactas de anhelos y de ideales, a quien me dirijo [...]

¹⁷ Sobre la importancia de la “raza” en el gaitanismo ver: Green (2013: 209-238). Recordemos que a Gaitán se le llamada peyorativamente “el negro Gaitán” por parte de la dirigencia y la prensa del país.

Pertenece al país nacional que va a combatir contra el país político (Gaitán, [1946] 1968: 427-428).

El llamamiento a una disputa por el poder, obliterando los odios partidistas y la eliminación física del adversario, es resaltable en la discursividad gaitanista de este momento. Así, la conquista del poder sería la forma predilecta de combatir al “país político”:

Porque no tenemos odios; porque respetamos personalmente a nuestros adversarios y a los que no piensan como nosotros, estamos y queremos estar en esta batalla de perfil nacional. Nuestra lucha es pacífica [...] Pueblo: por la restauración moral de Colombia: ¡A la carga! (Gaitán, [1946] 1968: 429).

Esta faceta pacífica y conciliadora de Gaitán –a pesar de estar acompañada del grito de guerra “¡A la Carga!”– tuvo un momento efervescente con el surgimiento de una candidatura única por parte del partido conservador y encarnada en Mariano Ospina Pérez; esto llevó a que se realizaran urgentes conversaciones para consolidar también un solo candidato del liberalismo. No obstante, el fracaso de los diálogos entre Turbay y Gaitán fue inminente.

Según Sharpless (1978:262), para abril de 1946, tras la tercera reunión con Turbay, Gaitán se dirigió al Teatro Municipal a dar una de sus regulares declaraciones de campaña.

Dicha intervención, conocida posteriormente como “Rompen relaciones”, es interesante en tanto estuvo marcada por el caos: las palabras del líder liberal fueron interrumpidas constantemente por gritos de los militantes gaitanistas en contra de Turbay y de las negociaciones, al punto de que Gaitán tuvo que pedir silencio varias veces. El desorden de la escena parecía constatar la imposibilidad de negociación con Turbay por parte del gaitanismo – la cual consistía en dejarle la candidatura de 1946 al oficialismo para asegurarse la de 1950– (Sharpless, 1978: 261).¹⁸ En este punto crítico del control de su propia beligerancia, Gaitán parecía subordinado al movimiento que él mismo dirigía, como si la negociación con el oficialismo no era una tarea que dependiese sólo de su voluntad. En dicha situación, Gaitán afirmaría aquella noche frente a sus militantes en el Teatro Municipal:

Este movimiento no es personalista sino doctrinario [...] hemos llegado ya entonces ante el peligro de esta avalancha humana,

¹⁸ La imposibilidad a veces presente en Gaitán para domesticar su propia beligerancia, y en este caso para “echarse para atrás” en su campaña y negociar con Turbay, se refleja claramente en la intervención del gaitanista Julio Ortiz Márquez en abril de 1946, cuando afirmaba en las páginas de *Jornada*: “Nuestro jefe dice que el pueblo es superior a sus dirigentes. Y yo, parodiándolo, diría que el movimiento acaudillado por él *no podría sofrenarlo ni él mismo*. Estamos frente a una revolución de carácter social y el Jefe de esa revolución es Gaitán. Y las revoluciones no son susceptibles de pactos” (Ortiz Márquez, 1978:126 – el subrayado es nuestro).

que no es mi nombre, sino la Restauración Moral y Democrática de la República, [para] librar una batalla [...] para vencer la oligarquía liberal y aplastar a la oligarquía conservadora (Gaitán,[1946] 1968: 432).

Y cerraría con estas palabras:

Gente de todos los órdenes, conservadores y liberales: os están engañando las oligarquías [;] en pie vosotros los oprimidos y engañados de siempre, en pie vosotros los burlados de todas las horas, entre nosotros los macerados como yo, a quien la fortuna y un divino ser del cual ahora me acuerdo me dieron las fuerzas para esta batalla, en pie vosotros los que sabéis sentir y no tenéis la frialdad dolorosa de los académicos, en pie vosotros, que yo os juro que en el momento de peligro, cuando la orden de batalla haya que darla, yo no me quedaré en mi biblioteca, sabed que el signo de esa batalla será para mi presencia en las calles a la cabeza de vosotros [...]

Ahora sí para terminar:

Pueblo, por la restauración moral. ¡A la carga!

Pueblo, por nuestra victoria. ¡A la carga!

Pueblo, por la derrota de la oligarquía. ¡A la carga!

Pueblo, por vuestra victoria. ¡A la carga!

(Gaitán, [1946] 1968: 435 y 436).

De este modo, queda contrastada la forma en que el líder del gaitanismo instaura un doble procesamiento de la alteridad: desde su beligerancia contra la oligarquía se insta a que “el pueblo decida” de manera organizada e institucionalizada la transformación dentro de los márgenes del orden político – “nada de desordenes, fuerza contra el desorden”. A su vez, y paradójicamente, parece quedar latente en su intervención un llamamiento a la “legítima defensa” frente a cualquier indicio de fraude o coacción conservadora.

En síntesis, la campaña presidencial de Gaitán estableció, en un contexto político dominado por el bipartidismo tradicional, un punto de ruptura tomando como base no sólo la configuración de un antagonismo contra la “oligarquía”-“país político” sino también la construcción discursiva de un verdadero pueblo: “el país nacional”. Al mismo tiempo, los significantes “masas”, “pueblo”, “democracia” estaban en constante disputa en el contexto de las elecciones presidenciales de 1946. Desde los estamentos oficiales del bipartidismo, dichos significantes fueron usados para caracterizar al gaitanismo como un fenómeno peligroso y amenazante para la tradición política del país. Desde el gaitanismo, por el contrario, aquellas categorías fueron usadas para reivindicar una tradición democrática que supuestamente buscaba encarnar el verdadero pueblo, éste conformado tanto por los liberales “conversos” –distanciados del oficialismo del partido– como por los conservadores

contrarios al poder oligárquico. El “nosotros” gaitanista, entre 1944 y 1946, se fue configurado a partir de un llamado a la “restauración” democrática del país: sólo quienes habían sido excluidos o permanecido al margen del proceso político del bipartidismo tradicional –sin importar si afiliación partidista–, los *dañados*, eran a los que les correspondía establecer una ruptura con el pasado e imponer un nuevo orden político.

Expuesta su primera etapa, miremos ahora el itinerario de la identidad gaitanista en el periodo 1946–1948, años en los cuales Gaitán llega a la jefatura oficial del Partido Liberal y donde el regreso del partido conservador al Poder Ejecutivo sentenció la violencia política del bipartidismo colombiano.

Por la reconquista del poder: Gaitán en la jefatura del Partido Liberal, la violencia política y el 9 de abril de 1948

Recordemos que la división de la candidatura liberal entre Gaitán y Turbay llevó a la inevitable victoria del conservador Mariano Ospina Pérez en las elecciones de 1946. El regreso del partido conservador al Poder Ejecutivo y la deserción política de muchos dirigentes liberales permitirían que Gaitán tomara las riendas del liberalismo desde la oposición al gobierno conservador; como afirma Braun: “en la derrota liberal Gaitán encontraría su propia victoria” (Braun, 1998: 211).

Desde el oficialismo liberal, la derrota electoral equivalía también a aceptar amargamente que el poder político de Gaitán era determinante para regresar a la primera magistratura del país. Ciertamente, después de las elecciones, *Calibán*, desde su columna en *El Tiempo*, afirmaría que el líder de la disidencia liberal era “el dirigente de las masas urbanas” sin las cuales “el liberalismo no podría regresar al poder” (citado en Braun, 1998: 209).

Respecto al partido conservador, la proclamación de “Unión Nacional” en el discurso de posesión de Mariano Ospina Pérez, el 7 de agosto de 1946, era la jugada política más inteligente del recién elegido mandatario. Teniendo los liberales la mayoría en el congreso, controlando la mayor parte de las asambleas departamentales y gran número de consejos municipales, “proponer otra cosa hubiera sido poco político” (Braun, 1998: 212). Ya unas semanas antes de la toma de posesión de Ospina Pérez, Gaitán se había referido a la posible alianza liberal-conservadora como “unidad de frentes”. El 21 de Julio de 1946, en el Teatro Municipal de Bogotá, el futuro jefe del liberalismo afirmaría:

No desconozco que en veces [sic] hay un aliento de espíritu generoso entre quienes quisieran que los partidos políticos no se enfrentaran, que hubiera lo que a veces otros capciosamente llaman Unidad de Frentes, que no tiene otro significado para ellos que el silencio de las conciencias angustiadas para mejor repartirse la cosa pública en provecho de sus recortadas ambiciones e intereses económicos (Gaitán [1946] citado en Berríos, 2012: 90).

En este discurso, titulado posteriormente como “Qué entienden por Unión Nacional”, Gaitán consideraría “vital” la relación entre gobierno y oposición dado el contexto de “oligarquía bipartidista” del país, denunciando así como un sinsentido la división entre los militantes de ambos partidos en Colombia. La ambivalencia de Gaitán entre, por una parte, afirmar la necesidad “natural” de las diferencias entre partidos y, por otra parte, alegar que dentro de la “gran zona democrática” –“el pueblo”, “el país nacional”– estas divisiones son inexistentes, denota la constante construcción identitaria de un “nosotros” por parte del gaitanismo. La redención del pueblo se propone simultáneamente desde y más allá de la división bipartidista.

Así, Gaitán finalizaría la ya arriba citada intervención sobre la “unidad de frentes”:

No encuentro la diferencia que hay entre el paludismo de los campesinos liberales y el paludismo de los conservadores. No encuentro la diferencia que existe entre el analfabeto liberal y analfabeto conservador [...] Estamos tras la defensa de un pueblo oprimido y puesto al margen, de inmensas multitudes abandonadas y escarnecidas y burladas en todos sus intereses a las cuales se les halaga pero no se les cumple. Estamos a la defensa de esas inmensas masas que constituyen el partido liberal y de esas masas todavía oscurecidas del partido conservador que no han visto la verdad, estamos a la defensa de ellas y sabemos que su necesidad es la que nosotros sentimos, su clamor es el que nosotros exclamamos, su dolor es el que nosotros sentimos ayer y sentimos hoy (Gaitán, [1946] 1968: 460).

La actividad política de Gaitán en 1947 sería fundamental para su consolidación como una de las figuras más importantes de la vida pública colombiana. Según Rodríguez Franco, la convención del liberalismo gaitanista, celebrada el 18 de enero de dicho año, tuvo como finalidad no sólo declarar el lema “Por la reconquista del poder” sino también demostrarle al oficialismo liberal que, pese a las presiones ejercidas sobre Gaitán, éste consolidaría la plaza pública como el espacio político de una nueva etapa del partido (Rodríguez Franco, 2012: 95-96). En el documento que saldría de aquella convención popular, La Plataforma del Colón, puede leerse al inicio la afirmación: “El partido liberal de Colombia es el partido del pueblo” (Gaitán, [1947] 1989: 42). Si bien el texto de *La Plataforma...* permite entender la postura de Gaitán frente a la economía y la intervención de Estado, dicho documento es central en cuanto da muestra de la yuxtaposición entre el discurso gaitanista y el del liberalismo tradicional.

No creemos que esta superposición, como lo afirman Pécaut (1987) y Braun (1998), signifique la “entrega” de la beligerancia del gaitanismo ni tampoco la finalización del movimiento en tanto proceso político radical respectivamente. Al

contrario, la llegada de Gaitán a las altas esferas del liberalismo, si bien significó un moderado atemperamiento de su discursividad –reconfigurando tanto el campo solidario propio como la alteridad, desplazamiento inevitable al dejar de hablar desde la disidencia para pronunciarse a nombre del Partido Liberal–, también representó que el “verdadero pueblo” del gaitanismo se desplazara a ser el pueblo liberal mismo. Con La Plataforma del Colón se daba inicio a la mimetización entre el gaitanismo y liberalismo oficial.

Retomando las implicaciones de la *Plataforma...*, Darío Samper, en *Jornada* del 30 de enero de 1947, escribía:

[L]a convención constituyente del liberalismo le ha trazado al partido un programa de realizaciones concretas, ha instaurado un nuevo estilo político [...] la lucha por la reconquista [del poder] no podrá ser obra de jefaturas sin prestigio, ni la tarea de quienes se entienden con el enemigo a cambio de posiciones y ventajas, sino la realización abnegada y enérgica del pueblo que ha resuelto escribir la historia con sus propias manos (Samper [1947] citado en Berríos, 2012: 83).

Igualmente, a inicios de 1947, Gaitán –como conductor del gaitanismo y del liberalismo– se consideraba a sí mismo tanto el “intérprete” de la voluntad del pueblo como también el único garante para alcanzar la transformación del país sin recurrir a la violencia física. En un discurso posteriormente conocido como “La reacción acelera el proceso revolucionario”, el líder liberal haría referencia de sí mismo de la siguiente manera:

[He] tenido la suerte de interpretar [...] los recónditos sentimientos de una colectividad política que ha contribuido a la grandeza de la patria y que no cree llegada la hora de colocarse a la vera de la historia (Gaitán [1947], 1968: 483).

En la misma intervención pública, refiriéndose al “país político”, Gaitán afirmaría:

[Ellos] ven en todo reclamo de transformación, en toda pugna por el acomodamiento a las nuevas circunstancias, en la necesidad de limitar la ciega y desmedida ambición de enriquecerse, un brote demagógico y anárquico que amenaza la estabilidad social [;] no comprenden que son ellos quienes de una manera más directa están contribuyendo y poniendo en peligro su propia situación en la parte que justamente les pueda corresponder (Gaitán, [1947] 1968: 485).

Para Gaitán su propuesta de transformación del país tiene un carácter eminentemente pacífico: el “cambio” gaitanista sería ecuánime y justo, incluso con los detentores tradicionales del poder, todo esto siempre y cuando el partido liberal retornase al poder ejecutivo. Sería, entonces, la resistencia de la oligarquía a incorporar los cambios necesarios lo que podría ocasionar una reacción violenta del pueblo colombiano. Las elecciones de marzo y octubre de 1947, donde triunfó el gaitanismo, serían interpretadas por este movimiento en dicho sentido.

Ciertamente, los comicios de marzo fueron el primer paso hacia el establecimiento de una mayoría liberal de vertiente gaitanista en el congreso. En las páginas de *Jornada* del 16 de marzo de 1947 estaban presentes afirmaciones tales como “hoy se define en las urnas la suerte del Pueblo!!!” y “Por la reconquista liberal, A la carga!” (Rodríguez Franco, 2012: 103 y 104). Los resultados alentadores para Gaitán generarían un inevitable alejamiento del liberalismo a la propuesta conservadora de la “Unión Nacional”; siendo mayoría, no había necesidad de alianzas con el gobierno de Ospina Pérez.

Como se mencionó anteriormente, las tensiones al interior del bipartidismo por la reconfiguración política llevada a cabo por parte del partido conservador en el poder ejecutivo alimentó la violencia entre los militantes de ambas fuerzas. Si bien en enero de 1947 Gaitán afirmaba que deseaba establecer la reconquista del poder desde “una lucha pacífica”, también hacía un llamamiento a no permitir el fraude y el delito, porque “contra el delito está la legítima defensa” (*Jornada* [29/01/1947] citado en Berríos, 2012: 85). El 15 de marzo de 1947, Gaitán consideraba a la violencia – haciendo clara referencia a los crecientes ataques de conservadores hacia los liberales en diversas partes de Colombia– como proveniente de “fuerzas en decadencia”; los resultados de las elecciones del 5 de marzo habían corroborado el carácter mayoritario del liberalismo, poniendo en situación de pánico a muchos militantes conservadores: “[la] violencia en el orden social como en el orden individual es sinónimo de debilidad” (Gaitán, [1947] 1968: 481).

En esta época se hace común que Gaitán denuncie el uso habitual de la violencia en la vida política colombiana. Según el líder liberal, existía la complicidad de funcionarios subalternos –conservadores– quienes “han tomado beligerante postura a favor de la violencia desencadenada por sordas fuerzas, que se agitan en el subfondo de los partidos políticos y que *es uno de los vicios más funestos y arraigados en nuestras costumbres políticas*” (Gaitán, [1947] 1979: 307 – el subrayado es nuestro). En este orden de ideas, y exponiendo varios casos de violencia contra militantes liberales que se les impidió acudir a las urnas en marzo, Gaitán exigiría en un Memorial de Agravios contra Ospina Pérez que, desde la Casa de Nariño –la casa de gobierno–, se garantizara el orden público y así “eliminar de la vida colombiana la coacción oficial y la furia del sectarismo burocrático” (Gaitán, [1947] 1979: 308). Es que la progresiva pero irreversible superposición entre liberalismo y gaitanismo no sólo tuvo efectos dentro del movimiento liderado por Gaitán, sino también permitió la consolidación y

unificación por parte del conservatismo de un enemigo fácilmente identificable y que solo podía ser aniquilable: el liberal.¹⁹

El gaitanismo se movió triangularmente entre repudiar la violencia política por respeto a la ley y las normas democrático-liberales, realizar un creciente llamamiento a la “legítima defensa” y profundizar la beligerancia contra a su propia alteridad. De hecho, el juego del discurso gaitanista entre la reivindicación de la vía electoral para vencer la oposición del conservatismo y la alta beligerancia de sus intervenciones discursivas contra los adversarios políticos tendría como momento más crítico la ausencia de Gaitán en la huelga general de 13 de mayo de 1947. Este suceso, contrario a lo afirmado por Pécaut (1987) –para quien dicha ausencia es sinónimo de falta de compromiso de clase por parte de Gaitán–,²⁰ da muestra de la imposibilidad de *decisión* del líder liberal en una situación crítica específica.²¹ Si bien días después el dirigente liberal consideraría a dicha huelga “justa” pero “ilegal” (Green, 2013: 416), tomamos distancia de considerar que la ausencia de Gaitán en aquel paro obrero sea sinónimo de una ideología “pequeño-burguesa”, reaccionaria o carente de consciencia de clase. Lo que esto sí denota, en cambio, es cómo el discurso gaitanista jugaba dentro de los límites de la violencia política sin nunca llegar a cruzarlos.²² Sería así cómo desde el segundo semestre de 1947 hasta el nefasto 9 de abril de 1948 que la palabra de Gaitán se tornaría más paradójica frente a la violencia política, el mantenimiento del orden y el camino legal a la “reconquista” del poder ejecutivo.

En una multitudinaria conferencia pronunciada en la ciudad portuaria de Barranquilla, frente a militantes del partido Liberal el 25 de septiembre de 1947, el líder del gaitanismo afirmaba lo siguiente:

No vengo ahora, como no vine ayer, como jamás vendré, a sembrar el odio, el horror, la barbarie entre los hijos de una misma patria. [...] Combato al país político; a esa pequeña casta [...] que comprende con claridad que la única manera de tener esas influencias, de enriquecerse a la sombra del gobierno, es

¹⁹ Por su lado, también podría reconocerse en la violencia conservadora una “fuente” de unificación para el liberalismo. Según Green “en vista del incremento en el nivel de violencia política, en todo el país a medida que los conservadores afirmaban su control, el regreso de Gaitán al Partido Liberal fue algo más que una maniobra oportunista: era una cuestión de supervivencia (Green, 2013: 414).

²⁰ Ver: Pécaut, 1987: 448-455. Como ya se mencionó al inicio de este trabajo, para el autor francés, el carácter transformista de Gaitán le impediría ver en los sindicatos –como sinónimo de organizaciones que representaban los intereses reales de las clases trabajadoras– un apoyo conveniente para sus intereses políticos: “Por eso, Gaitán no hará sino atacar a las organizaciones sindicales que, según él, son ‘la quinta rueda de la carroza de la oligarquía’” (Pécaut, 1987: 397).

²¹ Al respecto, agregaba Osorio Lizarazo: “si alguna vez [Gaitán] hubiera vencido su complejo de abogado y, en lugar de esperar indefinidamente a que la ley pusiera el poder en sus manos, hubiera triunfado en dualidad el agitador que conmovía a las multitudes y les transmitía una fiebre de acción y una ansiedad de luchar hasta la muerte” ([1952] 1998: 303).

²² Respecto a la huelga general obrera y su relación con la violencia y el Estado, ver la reflexión a cerca de George Sorel por parte de Walter Benjamin ([1921] 2001: 36).

provocando el odio y la violencia entre los colombianos. [...] *La Revolución es precisamente la desaparición del desorden, del odio y de la muerte* (Gaitán, [1947] 1968: 493 y 497 - resaltado nuestro).

En una intervención titulada “Proclama al liberalismo” del mismo mes del año 1947, Gaitán cuestionaba severamente a los militantes liberales que se dejaran provocar por la violencia conservadora. Al final de dicho discurso, el ya jefe único del liberalismo haría una referencia a la reconquista del poder sin usar la violencia:

La incapacidad [conservadora] para darle al país los rumbos que su desarrollo necesita es el origen del desorden social. [...] La oligarquía conservadora, recordando cierta frase de la antigüedad, ha pretendido ganar una victoria sangrienta y luctuosa. Nosotros, a pesar de todo, la ganaremos pacíficamente para que cesen la sangre y el luto entre los colombianos (Gaitán, [1947] 1968: 504).

Sin embargo, otras intervenciones de Gaitán demuestran que frente al actuar violento de los militantes conservadores, en un contexto tan desalentador para el liberalismo, “la reconquista del poder” podría necesitar también de la toma de éste por medio de la fuerza. En un discurso posterior del mismo año -1947- en la ciudad de Armenia, el líder liberal decía de manera provocadora:

Si respetan la Constitución y las leyes de la República y nos dan garantías en las elecciones, nos tomaremos el poder. Y si no nos dan las garantías y violan la constitución y las leyes, por el derecho de las mayorías también nos tomaremos el poder (Gaitán [1947] citado en Berríos, 2012: 99).

Desde 1947 es recurrente encontrar en las intervenciones de Gaitán un contraste entre, por una parte, la imagen de la toma del poder por vía electoral -todo esto, con miras a la obtención de la presidencia en 1950- y, por otra parte, constantes advertencias a que, de ser necesario, se actuaría en “legítima defensa” y en nombre de “las mayorías” o “del pueblo” para consolidar la victoria liberal.

Después de las elecciones de octubre de 1947,²³ no quedaba duda que el liberalismo seguía siendo mayoritario en las urnas, lo que a los conservadores les sugería la inevitable pérdida del mandato presidencial en las elecciones de 1950. El conservatismo se propuso, entonces, declarar al liberalismo enemigo del orden democrático. Así quedaría consignado en palabras del Ministro de Gobierno del

²³ El 6 de octubre de 1947 “[...] con una foto del rostro de Gaitán que ocupaba gran parte de la primera página, *Jornada* celebraba el triunfo liberal que los dejaba con una ventaja de 200.000 votos frente al partido conservador” (Rodríguez Franco, 2012: 110).

presidente Ospina Pérez, José Antonio Montalvo, quien en el contexto de un debate en el Congreso –el 6 de noviembre de 1947– afirmaría:

Si la policía está encargada de la guarda del orden público y del orden social; si el instrumento por excelencia de que disponen el Gobierno y el Presidente de la República para lograr esos fines constitucionales es la Policía, el Gobierno tiene que defender *a sangre y fuego* las instituciones democráticas, la autoridad del Presidente, la Policía, elemento social del orden y de la estabilidad del Estado (Azula Barrera, 1956, 292 – subrayado es nuestro).

Frente a lo anterior, para el primer mes de 1948, en *Jornada* se afirmaba: “el liberalismo debe prepararse y asumir ya su propia defensa” (citado por Rodríguez Franco, 2013: 111); dicha defensa frente a los conservadores se enfocaba específicamente en contrarrestar al laureanismo.²⁴ Y no era para menos. El surgimiento de la violencia en Colombia para 1948 tenía como epicentro la consolidación de una “Policía Política” o “Popol” centralizada desde Bogotá bajo las órdenes del gobierno, así como también la existencia de grupos “paramilitares” conservadores. Con el objetivo de acabar con la resistencia liberal y perseguir a los liberales y gaitanistas para amedrentarlos en los procesos electorales, surgieron los grupos denominados *pájaros*, apodados “chulavitas” en Boyacá y “contrachusmas” en Antioquía (Green, 2013: 439). Estos grupos eran aliados efectivos de la Policía, auspiciados por la extrema derecha leal al partido conservador.

Los últimos meses de actividad política de Gaitán y del gaitanismo antes del asesinato de su líder estarían marcados por la consolidación de la violencia bipartidista en el país. Frente a esto, el acto multitudinario más importante en la carrera de este líder liberal fue “La marcha del silencio”, el 7 de febrero de 1948. Exactamente una semana antes de esta fecha, desde *Jornada*, se convocaba a

²⁴ La relación entre gaitanismo y laureanismo ha sido ampliamente discutida (ver: Henderson, 2006). Para Pécaut (1987) la oposición *país político/país nacional* está presente en ambos movimientos políticos (1987: 465). Según este analista francés: “lo que nos encontramos es, del lado del gaitanismo, con el furor de lo colectivo; del lado del laureanismo, con el furor de las fuerzas del mal. Lo que en el uno y en el otro presenta una homología reside en que la política hunde sus raíces en un universo radicalmente distinto: el de la impudicia o de la enfermedad, o el de lo puro y lo impuro. No existe término medio en este dominio, no hay punto de compromiso, ni tampoco de reposo posible. *Sólo queda el reclamo de la muerte, para el otro o para sí mismo, permanentemente renovado*. Se trata pues, así, de la deriva de los signos de lo político” (Pécaut, 1987: 465 – el resaltado es nuestro). Se puede deducir fácilmente que en este trabajo hemos intentado poner en cuestión ese “reclamo de la muerte” sin más que le atribuye Pécaut al gaitanismo. Sin embargo, lo interesante de esta apreciación de Pécaut antes citada no es su reiteración de la ineluctable relación entre populismo y violencia sino que sugiere (o al menos problematiza) la existencia de varios populismos en pugna en un contexto histórico determinado. La existencia de varios populismos en disputa es también expuesto por Ayala (2011) en la historia política colombiana de los años sesenta, y por Melo (2013) en la Argentina de la segunda mitad de los años cuarenta del siglo XX.

participar en dicha marcha pacífica en repudio a la violencia conservadora, señalando que “la oligarquía está segura de que es una minoría y apela a la violencia y al terror para imponer su voluntad despótica sobre las mayorías nacionales” (*Jornada* [17/02/1948] citado en Rodríguez Franco, 2012: 113).

En aquél evento,²⁵ Gaitán pronunciaría un corto discurso conocido como “La oración por la paz”. En esta intervención, Gaitán no evitaría alardear de su capacidad para conducir las masas que componen su partido: era una clara demostración de poder. El líder del liberalismo, haciendo un llamado personal al presidente Ospina Pérez, imprecaba:

Señor presidente: vos que sois un hombre de Universidad debéis comprender de lo que es capaz la disciplina de un partido que logra contrariar las leyes de la sicología colectiva para recatar la emoción en su silencio, como el de esta inmensa muchedumbre. Bien comprendéis que un partido que logra esto, muy fácilmente podría reaccionar bajo el estímulo de la *legítima defensa* (Gaitán, [1948] 1968: 506 - el resaltado es nuestro).

Paso seguido, Gaitán le exige al presidente hechos de paz para que las luchas políticas se desarrollen “por los cauces de la civilización”; no obstante, advierte al mismo tiempo que

amamos hondamente a esta nación y no queremos que nuestra barca victoriosa tenga que navegar sobre ríos de sangre hacia el puerto de su destino inexorable [pero] *no creáis que nuestra serenidad, esta impresionante serenidad, es cobardía! Nosotros, señor Presidente, no somos cobardes. Somos capaces de sacrificar nuestra vida para salvar la paz y la libertad de Colombia!* (Gaitán, [1948] 1968: 507 - el subrayado es nuestro).²⁶

²⁵ Sobre el origen de la marcha, el comentarista de los discursos de Gaitán, Jorge Villaveces, explica: “las matanzas y los incendios; las persecuciones y los violentos despojos perpetrados con el fin de desalojar a las mayorías de las urnas y de las plazas, saturaron de drama y tragedia la vida del país. Gaitán [...] ordenó que esta [marcha] debía ser silenciosa; que los gritos fueran reemplazados por las banderas negras. Así se le demostraría al presidente Ospina y al conservatismo belicoso que los liberales eran mayores no sólo en número sino en disciplina y fortaleza. Porque es fácil reunir una muchedumbre delirante y estrepitosa con el estímulo del grito y la arenga. Pero difícil que esa multitud, ardida de sangre y lágrimas, desfile calladamente y exprese su dolor en silencio” (Villaveces en Gaitán, 1968: 505).

²⁶ Según Braun: “En ese momento Gaitán poseía un poder inmenso. Habría podido ordenarle a la multitud que rodeara todos los edificios públicos de la ciudad, o incluso que atacara el Palacio Presidencial a sólo tres cuadras de distancia. O habría podido ordenarle permanecer en la plaza hasta que el régimen conservador atendiera al llamado de paz. Ni la policía ni el ejército hubieran podido hacer mayor cosa. En cambio, demostró una vez más su respeto por la ley e hizo lo más potente y más desconcertante de todo: le ordenó regresar a sus hogares” (Braun, 1998: 238).

Las reacciones frente a la marcha del silencio por parte de los conservadores fueron de total rechazo. El periódico laureanista *El Siglo* calificó a la manifestación como “la restauración de la negricia [sic] contra la blancura de la paz nacional” (*El Siglo* [07/02/1948] citado por Braun, 1998: 239). Al respecto, el conservador Azula Barrera consideraba que Gaitán había fraguado un engaño al país ya que “*el mismo silencio era sedicioso* y las palabras suaves del caudillo tenían más poder explosivo que sus encendidas arengas” (Azula Barrera, 1956: 308 – el resaltado es nuestro).

Finalmente, en una de las últimas declaraciones públicas de Gaitán, el 15 de febrero de 1948, en la ciudad cafetera de Manizales, este jefe liberal haría una corta intervención con motivo a la muerte de varios militantes gaitanistas que fueron asesinados por el sectarismo conservador. En este sucinto discurso Gaitán reafirmaría su posición de no responder de manera violenta los crímenes cometidos por los conservadores, afirmando que la victoria liberal en las urnas era la única vía posible de vengar la matanza de liberales en todo el país. En palabras de Gaitán:

Seremos superiores a la fuerza cruel que habla su lenguaje de terror a través del iluminado acero letal [...] Juramos vengaros, restableciendo con la victoria del partido liberal los fueros de la paz y de la justicia en Colombia. Os habéis ido físicamente, pero qué tremendamente vivos estáis entre nosotros! Vuestra muerte es vida de nuestro destino final (Gaitán, [1948] 1968: 509 – resaltado nuestro).

De esta forma, es evidente que antes del 9 de abril de 1948, en un contexto de violencia, el llamado *sin más* a la eliminación del adversario por parte del gaitanismo no era tal. Desde la discursividad gaitanista el regreso del liberalismo al poder en 1950 era una obviedad. Para sus militantes se podía inferir también que dicho regreso tendría que darse dentro de los canales institucionales, por vías pacíficas y legales; no obstante, la advertencia respecto al uso de la violencia –de ser necesaria– no dejó de estar presente en las intervenciones gaitanistas.

La relación entre violencia y gaitanismo es mucho más problemática y profunda, difusa y ambigua, de lo que ha sido expuesta por los trabajos canónicos sobre dicho movimiento político colombiano. Las intervenciones y el contexto histórico hasta aquí expuesto denotan que los elementos de beligerancia gaitanista siempre estuvieron atemperados por una necesidad de “reconquistar” el poder por la vía electoral.

Palabras finales

Menos de dos meses después de aquella última intervención pública de Gaitán, el líder liberal sería asesinado en pleno centro de Bogotá. El resultado del magnicidio no fue sólo el caótico *bogotazo* sino también la reinserción *post nueveabrileña* de gran parte del caudal de militantes gaitanista al oficialismo del partido liberal, otra vez con sus tradicionales jefes al mando. Pese a esto, otra parte

minoritaria de gaitanistas, exiliados por la violencia bipartidista, lucharían por sus vidas conformando guerrillas liberales, precursoras algunas de los movimientos insurgentes que siguen vigentes hasta hoy día en Colombia. De ahí que la muerte de Gaitán se le interprete como el hecho que detonó la violencia política que todavía no cesa en este país latinoamericano.

No obstante, ha sido cardinal en este trabajo dar muestra de que la beligerancia de Gaitán y su configuración identitaria particular hacía un procesamiento de su alteridad no como simplemente *enemigo* erradicable ni tampoco como *adversario* político en el sentido ya conocido de Chantal Mouffe (1999). Desde nuestro punto de vista, insistimos, la gestión identitaria del gaitanismo se instalaba en el interregno entre las identidades totales y las de pretensión hegemónica (Aboy Carlés, 2013). Este lugar indefinido, de indecisión, que nos sugiere el gaitanismo, es el que creemos vital para futuros estudios sobre el fenómeno populista en la región latinoamericana; ni tan lejos ni tan cerca de ser procesos violentos *per se*, dichos movimientos hicieron –y hacen– parte de una tradición democrática puesta en constante tensión: en el caso gaitanista, la constante resignificación de los significantes de la tradición democrática liberal permitió configurar una propuesta de transformación pacífica pero radical del país de la mano de un *verdadero pueblo* colombiano.

Como un centauro, el gaitanismo se configuraba al interior de una tensión entre el uso de su implacable fuerza y la razón para alcanzar su horizonte político. Sería, pues, su configuración identitaria específicamente populista lo que lograría establecer un *dique* –inestable– frente a su inherente despliegue violento. Sin embargo, un contexto político en el cual la eliminación de la alteridad es preponderante, la persistencia en el tiempo del fenómeno gaitanista estaría marcada, como *El centauro moribundo* de Antoine Bourdelle, por una asediante agonía, incluso desde su mismo momento de concepción.

Bibliografía

- Aboy Carlés, G. (2010), "Populismo, regeneracionismo y democracia", POSTData 15, N°1, Abril, pp., 11-30.
- Aboy Carlés, G. (2013), "De lo popular a lo populista o el incierto devenir de la *plebs*", en: Aboy Carlés, G; Melo, J.; Barros, S., *Las brechas del pueblo: reflexiones sobre identidades populares y populismo*, Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento – UNDAV Ediciones, pp. 17-40.
- Aboy Carlés, G. (2014), "El nuevo debate sobre el populismo y sus raíces en la transición democrática: el caso argentino", *Colombia Internacional* N° 82, Universidad de los Andes, pp.23-50.
- Acevedo Carmona, D. (1998), *La muerte simbólica de Gaitán*, Medellín, Universidad Nacional de Colombia.
- Acosta Olaya, C. (2014), "Gaitanismo y populismo. Algunos antecedentes historiográficos y posibles contribuciones desde la teoría de la hegemonía", *Colombia Internacional* N° 82, Universidad de los Andes, pp. 129-155.

- Aibar Gaete, J. (2007), "La miopía del procedimentalismo y la presentación del daño", en: Aibar Gaete, Julio (coord.), *Vox Populi. Populismo y democracia en Latinoamérica*, México, Flacso, pp. 19-54.
- Ansaldi, W. y Alberto, M. (2014), "Muchos hablan de ella, pocos piensan en ella. Una agenda posible para explicar la apelación a la violencia política en América Latina", en: Ansaldi, W. y Giordano, V. (coord.), *América Latina: tiempos de violencias*, Buenos Aires, Ariel, pp. 27-45.
- Arendt, H. (1970), *On Violence*, Nueva York, Harvest Books.
- Ayala, C. (2011), *La explosión del populismo en Colombia. Anapo y su participación política durante el Frente Nacional*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- Azula Barrera, R. (1956), *De la Revolución al Orden Nuevo. Proceso y drama de un pueblo*, Bogotá, Kelly.
- Bejamin, W. [1921] (2001), "Para una crítica de la violencia", en: Benjamin, Walter, *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*, Madrid, Taurus, pp. 23-45.
- Berríos, R. (2012), *El populismo en Colombia. Historia política desde el periódico gaitanista Jornada (1944-1949)*, Saarbrücken, Editorial Académica Española.
- Braun, H. (1998), *Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia*, Bogotá, Norma.
- Crettiez, X. (2009), *Las formas de la violencia*, Buenos Aires, Waldhuter Editores.
- Dotti, J. (2004), "¿Cómo mirar el rostro de la Gorgona? Antagonismo postestructuralista y decisionismo", *Deus Mortalis*, núm. 3, pp. 451-516.
- Gaitán, J. E. (1968), *Los mejores discursos 1919-1948*, compilado por Jorge Villaveces, Bogotá, Jorvi.
- Gaitán, J. E. (1979), *Obras Selectas*, Colección pensadores políticos colombianos, [Coord.] Eastman, Jorge Mario, Bogotá, Imprenta Nacional, 2 volúmenes.
- Gaitán, J. E. [1947] (1989), "La Plataforma del Colón" en: *Gaitán y la Constituyente. Un ejemplo de democracia participativa*, Bogotá Instituto Colombiano de la Participación Jorge Eliécer Gaitán (Colparticipar), pp. 42-57.
- Green, J. (1996), "'Vibrations of the Collective': The Popular Ideology of Gaitanismo on Colombia's Atlantic Coast, 1944-1948", *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 76, No. 2, pp. 283-311.
- Green, J. [2003] (2013), *Gaitanismo, liberalismo de izquierda y movilización popular*, Medellín, Banco de la República-Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Hoyos, L. (2002), "Violencia", en: Sierra Mejía, Rubén y Gómez-Müller, Alfredo [eds.], *La filosofía y la crisis colombiana*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia - Taurus, pp. 91-118.
- Henderson, J. (2006), *La modernización en Colombia. Los años de Laureano Gómez 1889-1963*, Medellín, Universidad de Antioquía.
- Melo, J. (2009), *Fronteras populistas: populismo, federalismo y peronismo entre 1943 y 1955*, Buenos Aires, Tesis (Doctorado en Ciencias Sociales), Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
- Melo, J. (2013), "Reflexión en torno al populismo, el pueblo y las identidades políticas en la Argentina (1946-1949)", en: Aboy Carlés y et al., *Las brechas del pueblo:*

- reflexiones sobre identidades populares y populismo*, Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento – UNDAV Ediciones, pp. 65-90.
- Mouffe, C. (1999) *El retorno de lo político*, Barcelona, Paidós.
- Ortiz Márquez, J. (1978), *El hombre que fue pueblo*, Bogotá, Carlos Valencia Editores.
- Pécaut, D. (1987), *Orden y violencia: Colombia. 1930-1954*, Bogotá, CEREC-Siglo XXI.
- Pécaut, D. [2000] (2001), *Guerra contra la sociedad*, Bogotá, Espasa hoy-Editorial Planeta.
- Robinson, J. (1976), *El movimiento gaitanista en Colombia (1930-1948)*, Bogotá, Tercer Mundo.
- Rodríguez Franco, A. (2012), *El gaitanismo y los gaitanistas de Jornada (1944-1957)*, tesis de maestría en Historia, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.
- Roldán, M. (2003), *A sangre y fuego. La Violencia en Antioquia, Colombia. 1946-1953*, Bogotá, ICANH – Fundación para la promoción de la Ciencia y la Tecnología.
- Sánchez, G. (1982), “El gaitanismo y la insurrección del 9 de abril en Provincia”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Vol. 10, Universidad Nacional de Colombia, pp. 191-229.
- Sharpless, R. (1978), *Gaitán of Colombia. A political Biography*, Pittsburg, University of Pittsburg Press.
- Tirado Mejía, A. (1986), *El pensamiento de Alfonso López Pumarejo*, Bogotá, Fundación Promoción de la Cultura - Banco Popular.
- Vergara Carrasco, R. (2012), “Un fragmento de la vida pública de Jorge Eliécer Gaitán visto a través de ‘Sábado’”, *Revista Goliardos XV*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, segundo semestre, pp. 77-97.